

# Programa de Formación Permanente

2019 Creadores de comunión

## 4. Retos de un carisma y una misión compartidos





**RETOS DE UN CARISMA Y UNA MISIÓN  
COMPARTIDOS.  
UN ACERCAMIENTO SEGLAR**

**INTRODUCCIÓN**

Para escribir este artículo, he tomado en cuenta lo perceptiva que soy de las palabras de nuestros frailes agustinos recoletos. En la primera parte me referiré a las homilias de fray Miguel Miró Miró y de fray Miguel Ángel Hernández Domínguez pronunciadas al final del 2018. Lo hago convencida de que, para ser creadores de comunión, necesitamos escuchar, profundizar y compartir lo que el Espíritu Santo ha soplado en nuestros frailes al inicio de esta nueva etapa que surfea nuestra Orden.

Las provincias se han unido. Esto significa que estructuras anteriores se han sumado unas a otras generando nuevas estructuras. Y la transformación exige, una vez más, como siempre ha sido y como siempre será, la unidad de corazones en uno solo dirigido hacia Dios. Esta es la única razón válida para ser agustinos recoletos y el motor indispensable para vencer todos los retos que se nos presentan. Así seremos creadores de comunión.

En la segunda tomo de la despensa de la revista *Santa Rita y el pueblo cristiano* (Monachil, Granada) algunos textos –que de mi autoría ha publicado– actualizados,

por considerar que los temas, gracias a las citas agustinianas que contienen, suman a las propuestas tanto de nuestro prior general como de fray Miguel Ángel Hernández Domínguez. Incluyo también una profundización en relación a la amistad y al amor, a fin de revisarlas juntos y renovarnos a partir de la unidad.

Deseo alimentar la belleza y la bondad, manifestadas ya en la unión de provincias, y realizar felizmente lo que el papa Francisco espera de nosotros, como Orden agustina recoleta: que seamos *creadores de comunión*, tal como resonó en la audiencia concedida con motivo del quincuagésimo sexto capítulo general de nuestra Orden.

## PRIMERA PARTE

### 1. Comentarios a la homilía de fray Miguel Miró Miró

En un sermón pronunciado el 13 de noviembre de 2018, fray Miguel Miró destaca aspectos imprescindibles para nuestro desarrollo humano, cristiano y agustiniano. Los rescato como una tarea que podríamos realizar, a modo de ejercicios espirituales, para nuestra formación continua: fe, oración, acompañamiento fraterno (o dejarse acompañar por la comunidad), corazón (apertura al don de Dios, apertura al Espíritu Santo), superar la auto-referencia y la autosuficiencia.

Mucho nos pueden revitalizar cada uno de estos aspectos. Y me entusiasma pensar que lo haremos con el ánimo de perfilarnos como agustinos recoletos, ya religiosos o religiosas, ya seculares, creadores de comunión.

Necesitamos rescatar cada tema, de manera continua y renovada, durante las distintas etapas de formación y a través del acompañamiento personalizado. Así tomaremos lo mejor de nosotros mismos, lo que san Agustín nos ha enseñado y lo que grandes filósofos y teólogos judíos y cristianos han hablado sobre el tema. Este saboreo hará que estemos seguros de quiénes somos, porque *Dios no elige a los buenos, sino que hace buenos a los que elige*, y se vale de recursos humanos.

Por lo pronto, me atrevo a decir que las manifestaciones espirituales destacadas en la homilía de nuestro prior general surgen de la necesidad de Dios y del encuentro cada vez más profundo con su fidelidad.

#### *Para la fe*

Comencemos por creer que no nos hicimos a nosotros mismos, ni como personas, ni como agustinos recoletos. *Somos hechura suya* y somos para él. Dios es fiel, y en su fidelidad a sí mismo, al amarnos por encima de nuestras torpezas, ocurre que, a la par de la sorpresa, aumenta nuestra fe. Esto solo se descubre en el trato con Dios, así que no podemos evadir nuestro encuentro constante y profundo con él. El Señor nos muestra su fidelidad frente a nuestras inquietudes y angustias.

En el fondo de los escombros de nuestro corazón, rescata nuestro origen y abre la fuente, nos aclara la vista, nos corrige y consuela.

Así que, movidos por la fe, podemos aferrarnos a él y buscar momentos especiales de contemplación hambrienta para encontrarnos de nuevo con él, con su fidelidad y empatía. Siempre así, siempre ahí, siempre iluminando y explicando de muchos y muy diversos modos nuestra vida, hasta que entendamos quiénes somos, para qué vivimos, por qué amamos, de qué calidad es nuestro amor, a quién buscamos, qué nos pide y qué nos estorba –o en qué estorbamos– para encontrar a Dios Trino y compartirlo. El Espíritu Santo expande su luz en nuestro interior, Jesús nos explica la vida y crecen en nosotros la fe, la esperanza y el amor.

### ***Para la oración***

San Agustín dice que *quien ora bien, vive bien, y quien vive bien, ora bien* (cf. *ord. II, 19,51*). Esto, unido a la fe, exige humildad para orar bien, aun y cuando no hayamos vivido del todo bien. Así que comenzamos por orar con necesidad genuina de sabiduría, sentido de vida, misericordia y amor. Después, si aprovechamos su gracia, Dios obra el milagro de la humildad en nosotros y, junto con la humildad, vienen en cadena una secuencia de hermosuras que reflejan a Dios y que son para alabanza suya.

Dicho de otro modo, para orar necesitamos hambre, que solo se despierta cuando nos conocemos a nosotros mismos verdaderamente humanos y entonces admitimos que somos necesitados y dependientes de la gracia de Dios para vivir bien y con amor. Necesitamos paciencia para ceder y que la gracia nos purifique. Así, su belleza y bondad, en nuestras actitudes y acciones, serán más frecuentes que la sombra insistente que por viejas costumbres aparece.

Vivimos mal por ignorancia, pereza o pusilanimidad, advierte san Agustín. El estudio y la oración nos sacan de estos peligros que nos llevan al sin sentido de *estar* sin ser y sin vivir plenamente humanos. Pero también dice el de Hipona que vivimos mal por quedarnos a medio camino, en la soberbia, en la curiosidad o en los placeres.

Solo la contemplación de nuestro mundo interior, donde Dios nos revela su hermosura, nos libra de desear más lo de fuera que lo que hay dentro. Esto es así porque dentro del corazón, donde el cielo y la tierra se unen, donde no hay tiempo, donde hay permanencia y plenitud, donde hay encuentro profundo con los que amamos, es donde logramos comunión, entusiasmo y fuerza para el servicio. Como se ve, orar hasta llegar a la contemplación receptiva nos transforma en personas amorosas y creativas. Entonces nuestra relación íntima con Dios, por su dinámica trascendente, nos une con otros y nos permite llegar con Jesús a más personas de forma libre y transparente.

### *Para el acompañamiento fraterno*

Es preciso estar ciertos de dos cosas: estamos vivos y somos humanos. Nos urge saber más de la condición humana; de lo que es un ser humano, de sus etapas vitales, de sus búsquedas interiores y sus preguntas existenciales; porque, para dejarnos acompañar, incluso antes de reconocer y sanar nuestras miserias, necesitamos saber que somos amados por nuestros hermanos. Desde el principio nos reunimos como agustinos recoletos para vivir el amor de Dios con los hermanos, y solo podemos acompañarnos si somos fieles a este deseo, confiando en el llamado de Dios. Esto no es cualquier cosa. Haber entrado a la Orden para amar es una inspiración divina que exige respeto de nuestra parte. Entramos creyendo y confiando en que el amor todo lo cree, es paciente, todo lo soporta, todo lo perdona (cf. 1 Cor 13); que Dios nos une y que en la verdad nos libera.

Estoy segura de que las palabras de fray Miguel Miró: fe, oración y acompañamiento fraterno, son claves para respetar nuestro anhelo de vivir el amor y, en consecuencia, ser creadores de comunión. Falta hablar del *corazón*, *apertura al don de Dios*, *apertura al Espíritu Santo* y *superación de la auto-referencia* y *la autosuficiencia*, lo cual retomaré más adelante.

Fray Miguel Miró rescata la comunión de los mártires agustinos recoletos, que  
se sentían integrados, tenían su propia identidad que brotaba de esta experiencia desde el fondo de su ser. Por eso podían ir a todas partes, estaban acompañados en su interior.

Es imposible no sentirnos interpelados, sea porque somos testimonio vivo de lo que la comunión con Jesús y con los hermanos provoca en nosotros; sea porque la añoranza de Dios y del amor fraterno hace que nos duela el corazón, ya que percibimos una inexcusable deuda de amor por falta de atención al único y verdadero sentido de nuestra vida agustina recoleta. Vale la pena, entonces, rescatar las genuinas manifestaciones cristianas, como un conjunto de luces que nos iluminen hacia delante al revisar nuestra vida:

Se sentían integrados;

Tenían su propia identidad;

Identidad que brotaba desde el fondo de su ser;

Podían ir a todos lados, porque estaban acompañados en su interior.

Estos síntomas son claves para volver a lo que fray Miguel Miró dijo después de hablar de la fe, la oración y el acompañamiento fraterno, y que resulta indispensable para nuestra vida agustina recoleta. Me refiero al *corazón*:

- Apertura al don de Dios, apertura al Espíritu Santo;
- Superación de la auto-referencia y la autosuficiencia.

Si preguntamos ¿cómo sentirnos integrados?, ¿cómo tener nuestra identidad completa puesta en Jesús y en nuestra Orden?, ¿cómo lograr que esa identidad

cristiana y agustina recoleta brote desde el fondo de nuestro ser?, ¿cómo ser capaces de ir a todos lados sabiendo que estamos acompañados en nuestro interior?, la respuesta no la hallaremos en el aire, ni en el agua, ni en los astros, ni en la suerte, ni en el hábito, ni en las formas; tampoco en el eneagrama, ni en la correa, ni el pin de la solapa o en la cruz de madera que cuelga en nuestro pecho, ni en las promesas, ni en las fiestas. La respuesta está en la entrega: en dar a Dios, de una vez y para siempre, lo que depende de nosotros para que sea suyo y que él mismo reservó para que se lo demos libremente: el corazón.

Por eso, *corazón: apertura al don de Dios, apertura al Espíritu Santo*, es lo que pide nuestro prior general. Solo entonces, cuando entregamos el corazón a Dios, la *auto-referencia* y la *autosuficiencia* quedan descartadas; son temas totalmente superados. El yo primario y reptiliano, con afán de placer, poder y tener, se convierte en yo-Tú, Tú-yo, y permite que la comunión surja entre nosotros. Esto sucede gracias al ‘Dios-con-nosotros’, que con Jesús ha puesto en nuestra vida su morada. Si Jesús está en el centro de nuestras comunidades, todos entendemos por qué *todo fue creado por él y para él*, y en congruencia nos cuidamos, cuidamos del prójimo y del planeta.

Todo lo contrario, o al menos muy distinto a lo que esperamos de nuestra vida agustina recoleta, es lo que sucede de manera especial cuando no hay con quién amar a Jesús. Se trata de santos solitarios que, para no desfallecer, se exigen a sí mismos el vivir la comunión con los santos que ya viven en el cielo. Son amigos de santa Rita, de san Ezequiel Moreno, de san Nicolás de Tolentino, de santo Tomás de Villanueva, de los mártires agustinos recoletos, y se afianzan en su amistad con ellos. Lo hacen, ciertamente, desde el fondo del alma para no soltarse de la Orden cuando en la tierra –en nuestras casas–, aunque parezca increíble, no encuentran hermanos que los acompañen en su experiencia de amor a Dios y a los más pobres.

Esta situación extrema de dolor y de amor en solitario no es necesaria cuando se es agustino recoleto. ¿O sí? ¡Dios nos libre de estar solos! Ese no es nuestro carisma. Los santos agustinos que ya viven en el cielo nos enseñan a vivir con Dios en compañía de los hermanos y nos acompañan en la conquista de este regalo. Gracias a la contemplación, el santo solitario comienza a despertar a nuevas relaciones fraternas con uno o dos frailes, con una o dos monjas, con dos o tres seglares, y así, poco a poco, se da cuenta de que, en todos los tiempos, hay personas especiales como las que refiere el capítulo de Toledo, cuando dice:

Hay entre nosotros, o al menos puede haber, algunos tan amantes de la perfección monástica que desean seguir un plan de vida más austero, cuyo legítimo deseo debemos favorecer para no poner obstáculos al Espíritu Santo, determinamos que en esta nuestra provincia se señalen o se levanten de nueva planta tres o más monasterios de varones, y otros tantos de mujeres, en los que se practique una forma de vida más austera.

Y no se vale dejarlos solos, sino aprender de ellos y compartir con ellos el amor que le ha sido develado. Si hay entre nosotros un hermano santo, hay que aprender de él y acompañarlo.

El amor nos capacita para la vida en comunidad y para anunciar el Evangelio. Espero que, a lo largo de este documento, podamos profundizar en algunos aspectos que corresponden al estilo de vida que se nos propone. Mejor dicho, *a la vida que nos sobreviene, nos pasa y nos acontece* cuando somos receptivos a Jesús y seguimos la regla agustiniana, basada en una hermosa experiencia humana, con el deseo compartido de vivir apasionadamente las bienaventuranzas.

Fray Miguel Miró, desde la necesidad imperiosa de justicia y caridad, nos pide *obrar con rectitud, sin dejarnos sobornar, sin buscar éxito, fama o poder, sin dejarnos corromper*. El énfasis de sus palabras está en rechazar *personalismos y afán de poder*. No vayas fuera de ti, nos diría san Agustín, reforzando estas palabras. Vayamos dentro, al corazón, donde está la Verdad.

Jamás he encontrado mejor camino para vivir el amor que la interioridad agustiniana. Muchos santos y sabios de todos los tiempos han intentado interpretar, o ajustar a su modo de ser y de vivir, algo tan valiente y sencillo: ‘No vayas fuera, entra en tu interior, ahí está la Verdad, trasciéndete a ti mismo’ (v. rel. 39,72). Solo con la Verdad que permanece podemos trascendernos a nosotros mismos por causa del Evangelio. Para que todos sepan que Dios es amor, que no solo crea, sino que salva; que la vida no se acaba en la tierra; que no somos dueños de lo terreno, sino de lo eterno; que nada vale hacer las cosas bien o hacer cosas buenas si no es con el corazón en la mano; que sobran las palabras cuando no sale por nuestra boca lo que el Maestro interior nos revela; que no estamos plenamente vivos si no sucede en nosotros la audacia cristiana de riesgo y radicalidad extrema en el amor, conforme al ser de Dios y su palabra.

## 2. Comentarios a la homilía de fray Miguel Hernández Domínguez

Al peligro de la vanidad también hace referencia fray Miguel Ángel Hernández, quien, en su homilía durante la ceremonia de toma de responsabilidad de su cargo como prior provincial de la renovada Provincia de Santo Tomás de Villanueva, propone tres pasos:

- Atreveos a soñar;
- Custodiaos unos a otros;
- No tengáis miedo.

La gran coincidencia entre ambas homilías está en la propuesta de apertura humilde al Espíritu de Dios y, con el amor de Dios, al hermano. Nunca será dicho de modo suficiente. Para ello, fray Miguel Ángel Hernández advierte que

hay que dejar ir viejas mentalidades, criterios rancios y mezquinos, hay que dejar ir intereses personalistas sin otra perspectiva que la búsqueda de mi bienestar y seguir

instalado en el “siempre ha sido así”. No se trata de ser buenos, sino de ser fieles a Dios, porque muchas veces podemos ser buenos y, sin embargo, no estar secundando la voluntad de Dios.

Esta es una clave importantísima: podríamos buscar ser buenos y hacer bien las cosas; pero sin la ternura extrema de Dios, sin haber escuchado lo que nos pide, sin buscar su misericordia y compartirla, sin que Dios nos haya traducido antes las cosas más complejas de la vida –nuestra y de nuestros hermanos–, no podríamos cumplir el deseo de Dios con nosotros, ni actuar adecuadamente ante los signos de los tiempos. Solo el amor en la verdad renueva todas las cosas.

El mundo está hambriento de caridad sin cera, sin parches, sin trampas, sin escatimo y sin disfraces. Tanta inseguridad, atropellos a los derechos humanos y guerras nos han puesto en alerta y nos hemos vuelto altamente perceptivos. Ya no solo descubrimos falacias en argumentaciones políticas, sobre democracia, economía, ciencia y tecnología. También somos sensibles a las expresiones de falsos amores que se rigen por la apariencia, la vanidad, el placer, la fantasía, la competencia, el amor al dinero y la lucha de poder, entre otros derroches.

Y el mismo anhelo de amor sincero clama al interior de nuestras comunidades. Por eso, fray Miguel Ángel Hernández pide que soñemos,

pero no por separado, sino juntos, y que, al poner lo que somos y tenemos, sea él quien lo multiplique y haga su obra con nuestra pequeñez, con nuestra insuficiencia, con nuestra pobreza, con nuestra infidelidad y hasta con nuestro pecado.

Estas palabras valientes solo surgen de la fe y la experiencia. Nosotros ponemos nuestra humanidad con todo el potencial dispuesto al amor, pero también con todos nuestros límites y torpezas humanas. De modo que, solo si estamos seguros de actuar con apertura a la gracia de amar y con el deseo de salvar a un hermano o a una comunidad entera, la corrección de Dios –que saca bienes de los males– da más y mejores resultados, junto con las lecciones correspondientes, para llevarnos por el camino de la perfecta humildad. Dios nos educa dentro del corazón y, cuando nos atrevemos a confesar, a hablar, a pedir perdón y a perdonar, sucede que no actuamos más por nuestra cuenta, sino delante de Dios, y en comunidad. Por eso, *soñemos juntos*, en voz alta, y *no por separado*.

Pedro fue torpe al intentar librar a Cristo de la muerte. Sus pensamientos no eran los de Dios. Estaba ofuscado, pero amaba, y Jesús lo aleccionó (cf. Mt 16, 22-23). Una vez más, Pedro cayó en la torpeza. Lo hizo al cortar la oreja de Malco, y Jesús lo corrigió (cf. Jn 18, 10-11). Después, el mismo hombre negó tres veces al Señor y Jesús le compuso el corazón (cf. Jn 21, 15-19). Basta que lo amemos siempre, para que él no nos suelte. Más bien nos corrija a punta, no de golpes, sino de amor. Así que, sin miedo al amor,

sea él quien lo multiplique y haga su obra con nuestra pequeñez, con nuestra insuficiencia, con nuestra pobreza, con nuestra infidelidad y hasta con nuestro pecado.



Al referirse a la necesidad de *ser custodios unos de los otros*, fray Miguel Ángel pide

cuidarnos, protegernos, ayudarnos, estar atentos a las necesidades del hermano, sentir el dolor y pesar del hermano, adelantarnos a sus necesidades, extenderle la mano cuando está caído, defenderlo siempre, protegerlo siempre, ponernos en su lugar; corregirnos, sí, pero no criticarnos; alegrarnos con sus conquistas... Sobrellevarnos mutuamente, como dice Pablo a los Colosenses, perdonándonos siempre. Y, por encima de todo, el amor, que es el broche de la perfección.

Y advierte que

ser custodios unos de otros es acompañarnos en todo momento con esmero y amor, tanto en los momentos serenos de la vida como en los más difíciles.

No hay desperdicio en el párrafo anterior. Habría que leerlo dos o tres veces de manera pausada, en comunidad y en voz alta; y, después, quedarnos en silencio para escuchar la necesidad de custodiarnos también en los momentos “más difíciles”.

Aquí vale la pena recordar situaciones de enorme dificultad de las que, por la complejidad de cada caso –siempre se trata de casos humanos–, es evidente que todos somos responsables. Somos hermanos y nuestra obligación primera es acompañarnos desde el proceso formativo inicial, de manera personal y comunitaria, en forma transparente y abierta. Se trata de un proceso siempre humano con el claro deseo –y llamado– de conocer y saborear con sencillez y ternura el amor de Dios, tanto en la oración íntima como en la relación humilde con nuestros hermanos, y en cada acción comunitaria de servicio a los más pobres.

Dentro del corazón, vemos la belleza de Dios. Y esa belleza queremos vivirla con los hermanos. Así que no podemos, ni por un instante, ser observadores fríos –de ordenaciones, reglas, normas y preceptos– con corazones calculadores, perfeccionistas y vacíos de Dios. Es preciso atender a las necesidades espirituales, físicas, emocionales y afectivas de unos y otros, hasta alcanzar la madurez integral, en cada uno y en todos, como comunidad. Para ello, *apresúrense los más lentos y esperen los más veloces*, dice san Agustín (cf. s. 306B,1-2). Como él, ninguno de nosotros quiere salvarse solo; solo el amor vence a la muerte y nos hicimos recoletos por amor y para amar.

Jamás debemos aspirar a glorias humanas, vanas glorias humanas con las que se intenta opacar la luz del Espíritu Santo en verdaderos testigos que muchas veces son marginados dentro de nuestras comunidades. Así que, si no se entiende que la vanagloria hace mal a quien la vive, que se entienda que hace mal a quienes viven con la persona que la vive, porque los margina y suprime en un ámbito en el que lo único que se espera es comunión, ya que, *donde dos o más están reunidos en el nombre de Jesús, él está en medio de ellos* (cf. Mt 18,20). Él es, entre nosotros, el más importante; el Maestro que nos enseña a amar, quien nos inspira a vivir en

comunidad, quien nos mantiene unidos y nos muestra el camino para ser creadores de comunión.

Como ejemplo de *la obra del Espíritu*, al referirse a la unión jurídica de estructuras anteriores en una sola Provincia de Santo Tomás de Villanueva, fray Miguel Ángel dijo que el Espíritu de Dios

se coló con fuerza en la sala capitular para quitarnos los miedos, para darnos osadía y audacia y remar contracorriente en lo que aparentemente eran todo inconvenientes y dificultades. Nos lanzamos a la aventura de secundar lo que interiormente el Espíritu nos sugería: “Esto se nos ha ido de las manos –confesó a los hermanos haber pensado, al ver lo que sucedía en la toma de decisiones–. Y es verdad –agregó–, esto se nos ha ido de nuestras manos a las manos de Dios”.

Con estas hermosas palabras, con el deseo de que todo lo nuestro se vaya de nuestras manos a las de Dios, sin más comentarios de mi parte, dejo la transcripción de los siguientes fragmentos de esta homilía para leer juntos, meditar y decidirnos a poner el corazón por delante, antes de todo lo que hagamos.

Ojalá perdamos también el miedo a amarnos y a querernos.

Quien más quien menos, venimos heridos y con experiencias de ingratitud, desamor, desafecto, traiciones, decepciones, frustraciones... Y tenemos miedo a amar, porque no queremos sufrir más. No tengáis miedo a quereros, no tengáis miedo a vivir como hermanos, no tengáis miedo a abrir el corazón para el otro, no tengáis miedo a confiar en los demás.

Por último... ¡ojalá perdamos el miedo a saltar en los brazos de Dios y dejar que él nos lleve y nos guíe!

No tengas miedo a ponerte disponible al servicio de la Provincia donde Dios quiera contar contigo. Déjate sorprender. Date una oportunidad, dale una oportunidad a Dios. No le des las cosas hechas, deja que el Espíritu te lleve por sus caminos. Dile al Señor, como María: ‘Aquí estoy... para hacer tu voluntad’. No tengas miedo de lo que Dios pueda pedirte, él no nos quita nada y nos lo da todo.

Hasta aquí, he querido citar a dos de nuestros queridos frailes que están hoy al timón de nuestras barcas, porque de nada sirve hablar de comunión si no me confieso ante ustedes, en comunión con ustedes. Gracias a Dios por lo que nos comunica a través de nuestros hermanos, porque estamos vivos, caminamos juntos y podemos citarnos unos a otros, sabiendo que es al Espíritu de Dios a quien honramos al reconocer su presencia luminosa en palabras que nos llaman con urgencia al amor y así nos recuerdan el mandamiento de Jesús: *Que se amen los unos a los otros, como yo los he amado* (Jn 13,34).

No estamos invitados a generar riquezas, sino a crear comunión. Es muy importante darnos cuenta de que el llamado del papa Francisco coincide con su deseo de una *Iglesia pobre para los pobres*. Su pensamiento es realista, equilibrado y justo; está acorde con las Bienaventuranzas. Así que, como la comunión que podemos generar es gratuita, en el emprendimiento de cualquier obra misionera, lo primero será revisar nuestra madurez comunitaria dentro de la Orden y, seguros de

estar purificados, salir al mundo –un mundo hambriento de ser– para crear comunión.

Esto se logra con fe, esperanza y amor a partir de la fraternidad cristiana, la misma que se nos invita a crear –con docilidad a las mociones y acciones del Espíritu Santo– en todo lugar adonde vayamos. La fraternidad, inspirada en el amor a Jesús, genera entusiasmo por la vida y nos procura creatividad y concordia. Entonces, misioneros y beneficiarios se hacen un solo cuerpo capaz de construir espacios de vida digna para el despliegue de todos los talentos en favor de la comunidad creada, y más allá de ella. Así sea.

## SEGUNDA PARTE

### 1. De la armonía esperanzadora, un paso a la unidad

La propuesta central de Jesús es la unidad. Y qué bien que san Agustín lo entendió. Su necesidad de amar para siempre a quienes amaba; esa afectividad intensa, profunda, vibrante y apasionada, le hacía desear la unidad, aun sin saber al inicio –en la infancia y la juventud– cómo lograrla.

Por su experiencia de búsqueda inquieta, sabemos que, sin caridad, no hay unidad, y sin gracia, no hay caridad. Todas las preguntas de san Agustín surgen precisamente en momentos de oscuridad, y a nosotros también nos pasa: con gemidos del alma, deseosos de permanencia y verdad, comenzamos a preguntar; y, de tanto preguntar, aparecen respuestas divinas en el corazón. Entonces sucede, por ejemplo, que, justo en el camino del dolor, conocemos la comunión espiritual. No hay más teoría, sino experiencia vital.

Así nos pasa cuando personas amadas se van de la tierra al cielo y dejamos de verlas. El dolor nos hace preguntar dónde está el cielo y cómo encontrarnos. La respuesta es que, en el cielo, todos se aman más, con más pureza, con más claridad, porque se conocen mejor a sí mismos y se conocen mejor entre ellos; porque, ante la presencia de Dios, nos vemos como somos vistos por el Señor, y vemos a los que aún peregrinan en la tierra tal cual niños de párvulos que *están aprendiendo* a vivir. Con razón *el amor justifica y espera* (cf. 1 Cor 13). La sola respuesta es un llamado a vivir en la tierra como en el cielo para vivir la unidad.

Y, sin embargo, lo que duele en la tierra es precisamente el asunto de siempre: la falta de unidad. En todas partes vemos historias de fracturas, separaciones, arrebatos, muerte, envidia, rivalidad... Y ¡qué dolor, qué espanto, constatar la aparente imposibilidad humana de corresponder al llamado de Jesús! Así nos pasa en la familia, en el convento, en el pueblo, en los grupos, en la comunidad, en la Iglesia, en los partidos políticos, en las empresas... En todas partes vemos falta de *unidad*, palabra que suena en nuestro interior, palabra que saltamos, palabra que

omitimos, palabra que ocultamos, palabra que despierta el deseo de una vida mejor, y palabra que nos llena de dolor, porque a la *unidad* estamos llamados, y todo parece indicar que no podemos lo que deseamos; y que, además, se nos pide:

“Que sean uno como tú y yo somos uno” (Jn 17,21); “Que se amen unos a otros como yo los he amado” (Jn 13,34); Que sean un solo corazón y una sola alma (*reg.* 1,2); .

Por lo visto, estas palabras nunca serán dichas de manera suficiente y algún remedio hemos de poner para superar nuestra miseria.

Vamos a intentarlo: si la *unidad* es justo lo que Jesús más quiere, ¿hay algo que se aproxime al cumplimiento de su anhelo? Tal vez la *armonía* nos acerque. Sí. Tal vez. Es cierto que nos gusta jugar y la armonía nos evoca a la música, al juego, a la creación, a la libertad de imaginar, de soñar despiertos, de inventar cosas nuevas, de hacer algo diferente a lo de siempre, y que nos alegre a todos.

La armonía nos hace pensar en las voces de todos, en lo parecidos que somos unos a otros –como humanos– y tan distintos en lo particular. Armonía es una palabra bella que canta en todo lo creado, de todos los colores, tantos aromas, tantas especies de animales de todo tipo, tanta gente hermosa de todos los tamaños, tantos idiomas, tantos estilos e historias... Armonía es canto, es danza, es alegría... Tal vez, por ello, la necesidad de pintar y de cantar, de hacer poesía y de dibujar. También, por ello, en los conventos se canta y todas las culturas hacen música en sus fiestas. En todas partes del mundo se reza con voces armónicas, y aun sin instrumentos hacemos música con las palmas de las manos, con los pies y con todo el cuerpo. También silbamos...

No importa que tan oscura y caótica sea nuestra vida cuando deseamos cumplir lo que Jesús tanto nos pide: unidad. Esa unidad que descubrimos en el interior, ante las pérdidas, porque, de pronto, de tanto preguntar y escuchar, todo en el corazón de Jesús se hace ganancia, la tierra y el cielo se conjugan.

Entonces, una vez descubierta en el interior del corazón esta verdad, vemos que la integridad que tanto nos exigimos mutuamente no es el camino a la unidad. Más bien, la unidad es el principio de la integridad. La unidad es resultado de la historia y el anhelo, cuando lo que deseamos es ser un solo corazón y una sola alma. Esto se nota cuando dos se aman: Jesús y tú. Pero a muchos nos falta arrojo para unirnos plenamente a Jesús y, mientras, nos exigimos –de manera insistente y torpe– integridad. Esto duele, duele más que las pérdidas humanas –ya lo dije, pero no es suficiente–. Estamos aquí para ser custodios unos de otros; no rivales, no competidores, sino *custodios*.

En definitiva, solo la unidad íntima con Jesús favorece la integridad que se ofrece como un regalo para los hermanos y hermanas que, quieran o no, están llamados a la unidad. Pero se necesita que seamos todos los que la vivamos con

Jesús, para que la sintamos en el corazón que compartimos y, entonces, la veamos en nuestra realidad.

Finalmente, si aún nos dolemos por falta de unidad en algunos hermanos, ¿qué podemos hacer para que haya armonía? ¿Será que sirva conocer y sumar nuestras diferencias, respetar, cuidar y custodiarnos unos a otros? ¿Podremos? Si, y solo si, estamos unidos a Jesús y deseamos complacerlo. San Agustín así lo vivió, como reza el aforismo que tradicionalmente a él se asocia: *En la duda, la libertad; en la verdad, la unidad; y en todo, la caridad.*

## 2. Un proceso, tres amores

En su proceso personal, san Agustín descubre tres amores.

**2.1.** El primero es el amor a Dios en la intimidad del corazón. Este depende de Dios, que nos llama, y de nuestras experiencias vitales, puestas a la luz de las Sagradas Escrituras en una inmersión total. La oración profunda y contemplativa no es cosa de un día, sino de una relación constante y profunda con Dios, una relación de búsqueda y encuentro, de deseo ardiente y de fe en los trechos de duda, sequía y frialdad. Llegar a la intimidad con Dios trino, a través de su palabra, la oración y la contemplación, hasta lograr un parto de amor desde dentro hacia el prójimo siempre nos sucede por mediación de Jesús.

**2.2.** Del amor a Dios nace el amor casto y ordenado hacia el prójimo. *El corazón cristiano tiene dos pies, con uno camina hacia Dios y con el otro al prójimo*, dice san Agustín (cf. *en. Ps. 32, s. 2, 10*). Para amar al hermano tenemos como fuente el amor de Dios y el deseo de Dios para el hermano. Esta segunda manifestación del amor se hace compleja en la práctica, ya que, sin descontar el diálogo intersubjetivo cargado de experiencias históricas y culturas diversas, amerita atención, compasión, misericordia y paz-ciencia (formación pacífica y pacificadora), a fin de crear un lenguaje común para entendernos.

El lenguaje común entre nosotros, agustinos recoletos, solo puede surgir a partir de la experiencia comunitaria de leer y contemplar juntos, en voz alta, las Sagradas Escrituras y también, en nuestro caso, de la contemplación oral y comunitaria de los pensamientos agustinianos, sin miedo a compartir y escuchar –con el corazón– experiencias personales que ambas lecturas nos evocan a modo de recuerdo, duelo, alegría, temor o lamento.

No podemos amar al prójimo sin el prójimo. Dios está en él, Dios lo conoce y lo ama. Me está prohibido saltarme su persona en el torpe intento de evitar el sufrimiento, si lo que quiero es amarlo de parte de Dios. También me está prohibido abusar de su hipersensibilidad o vulnerabilidad extrema; me está prohibido exigirle más de lo que Dios le da e ignorar su proceso. Si queremos unidad en el amor de Dios, estamos obligados a mirarnos no solo con los ojos de la cara, sino con los ojos

del corazón, como nos ven ahora los que se han ido al cielo y como nos ven ahora los que saben orar.

**2.3.** Si lo logramos, y solo hasta que lo logramos, nace el amor misionero y de servicio. Los más próximos, en comunión, se ofrendan a quienes los necesitan, más allá de las fronteras de su casa, y lo hacen, no como aventureros, conquistadores, poderosos y altivos, sino como mendigos de Dios. Su entrega a las necesidades de los otros es entrega a Dios, quien, para que podamos servir, nos da lo que nos pide dar. No hay vanidad ni lucha de poder, ni competencia, ni dominancia de unos sobre otros, porque hay concordia, y lo que dan son frutos del amor que viven en comunidad. Tanto, que son testigos de cómo sucede que el amor de Dios entre ellos se expande –al modo de Dios– en favor de otros.

### **3. Los cinco tipos de amistad que san Agustín descubre**

Vale la pena detenernos en los tres amores y poner énfasis en trabajar por conquistar el más difícil, sin el cual ninguna obra misionera puede lograr lo que Dios quiere. Se trata de procurar el amor de Dios a quienes viven en nuestra casa. Para ello, quiero recordar los cinco tipos de amistad que san Agustín descubre en su peregrinaje y que encontramos en sus *Confesiones*.

**3.1.** La primera es la mala amistad; aquella de la que hemos de librarnos, cuanto antes, si en alguna persona vemos una constante actitud dolosa. Y si acaso somos nosotros los que la fomentamos, es preciso arrepentirnos, pedir perdón y alejarnos, si fuera necesario, hasta volver purificados y dispuestos al amor verdadero. Si son algunos miembros de la Orden los que la fomentan, es más que urgente denunciarlo al superior y, si no hacen caso, al superior del superior hasta llegar a la máxima autoridad de nuestra Iglesia, para que se tomen las medidas pertinentes de cura y sanción. Ya no podemos permitir que, generación tras generación, un fraile o una monja o un seglar con deformaciones espirituales, psicológicas o mentales, contamine la genuina búsqueda de los aspirantes a nuestra vida agustina recoleta. Me refiero a la amistad mala que se da cuando el afán de competencia y la soberbia –egocentrismo, egolatría, vanidad y envidia– son la base corrupta que corrompe y destruye corazones.

Es amistad mala aquella que presume con altivez y orgullo de su perversión y maldad, que induce a malos comportamientos, que seduce sensualmente y corrompe la pureza de otros, que muestra arrogancia, humilla y usa del sarcasmo para imponer su fuerza y voluntad. La amistad mala prefiere el dinero, el placer y la fama al bien ser; finge inteligencia, es palabrera, burlona y hace daño. Es obvio que la amistad mala está prohibida entre nosotros.

El robo de las peras (cf. *conf.* 2,4,9), la presencia en espectáculos sangrientos (cf. *conf.* 6,8,13) y la sensualidad extrema (cf. *conf.* 3,1,1) que san Agustín pone como ejemplos de mala amistad en sus *Confesiones* podemos traducirlos en otras

mil formas que denotan enfermedad espiritual e inmadurez en algunos compañeros que hacen zozobrar a los más débiles, a los menos formados, a los que más han sufrido, a los que son capaces de ceder a todo por tener a cambio un poco de falso cariño.

Desde el principio hay que saber que, cuando dos o más compañeros comparten la mala amistad con sus malos pensamientos, palabras y acciones, se destruyen mutuamente el corazón, provocando a su alrededor ruptura, división, fracaso y dolor. Algunos de los nuestros han muerto a causa de esas cosas. Y todos somos responsables de todos, ya sea por omisión o por acciones equívocas. Así que, para erradicar la mala amistad entre nosotros, urge revisar los procesos de recepción y formación. Será necesario derrotar con valentía, como David a Goliat, las mil máscaras ante las que, por error, hemos cedido, ya que, aunque en apariencia nos confunden, y pese a que disimulamos para “guardar la paz”, no logran engañar al corazón. Tanto es así que, por eso, el autoengaño tiene nombre, porque reconocemos que existe.

La mala amistad, pues, se termina a) erradicando el autoengaño y afrontando con madurez un proceso de revisión formal de nuestras vidas, historias, traumas, pensamientos, deseos y conductas; b) realizando lecturas filosóficas contemplativas de textos medicinales que van desde Sócrates hasta nuestros días, pasando, por supuesto, por san Agustín, sin perder de vista a Martin Buber, Emmanuel Levinas, Gabriel Marcel, Karl Jaspers, Ortega y Gasset, C.S. Lewis, Erich Fromm, Viktor Frankl, entre otros, que nos hablan de los fenómenos humanos, la vida interior, nuestras actitudes y formas de relación con otras personas y con Dios; c) sometiéndonos a un tratamiento médico psiquiátrico, sea homeopático, sea alópata; d) desarrollando la oración contemplativa con base en lecturas recetadas *ex professo* y escribiendo un diario espiritual que sea revisado semanalmente por un experto en acompañamiento psicológico-filosófico-espiritual; e) fomentando la formación y apreciación artística, donde se muestre la belleza de Dios reflejada en la creatividad humana; la danza, la poesía, la pintura y la música, principalmente.

Como se ve, la tarea es ardua, pero no imposible, al mismo tiempo que fascinante, porque se trata de acompañar a hermanos nuestros, hijos de Dios, y evitar que se dañen y dañen a otras personas.

No sabemos qué hubiera sido de san Agustín sin su amistad con el casto Alipio, o sin el amor de la mujer que lo acompañó incondicionalmente durante el tiempo que convivió con los maniqueos, o sin su madre Mónica y sin su hijo Adeodato, que le insistían en la pureza del corazón, o sin tantos conocidos y amigos que le dieron luces para encontrar al Dios verdadero. Pero tampoco sabemos qué hubiera sido de él si no hubiera querido renunciar al autoengaño y se hubiese conformado con pasatiempos superfluos y excitantes que destruyen el alma, enferman la

voluntad, acortan la inteligencia y enfrían el corazón, hasta provocar la muerte suya y de otros.

**3.2.** La segunda amistad que urge purificar es la amistad dependiente y posesiva que busca la presencia y permanencia física de quien se ama. Esta amistad es aquella amistad selectiva que halla coincidencia con otro exclusivo y con ningún otro. Es la amistad que se aferra a la familia de origen de modo enfermizo. La amistad que, en lugar de orar antes de dormir, se apega a sus ensoñaciones y fantasías centradas en una persona inalcanzable, por la que, además, no está dispuesto a dar la vida de ningún modo. Es la amistad romántica que omite a Dios en sus relaciones afectivas, que pierde perspectiva de vida eterna y se aferra al tiempo con la urgente búsqueda de espacios para el encuentro físico con quienes ama. Esta amistad se cierra a un círculo pequeño, forma parte del mundo interior en la capa psicológica más superflua e inmadura, y resulta un límite para la vida en comunidad y de servicio.

De esta amistad dependiente y posesiva nos habla san Agustín al referirse al amigo de adolescencia por el que, para que no muriera del todo cuando ya había fallecido, Agustín se mantiene vivo (cf. *conf.* 4,4-6,7-11). Lo prefería por encima de Dios, porque aún no lo conocía. Y, aunque la amistad dependiente y posesiva es menos grave, por ser más transparente que la amistad mala, hay que atenderla con urgencia y acompañar a quien la padece, para ayudarlo en su proceso de madurez afectiva, emocional y espiritual. La codependencia es una causa típica de amistad dependiente y posesiva, pero también la ignorancia respecto de Dios, en quien a todos podemos amar y a nadie perder. Hay formas de atención expresa para la dependencia emocional y, junto con las estrategias propuestas para erradicar la mala amistad, se puede sanar.

No somos hospitales ni centros de acogida para personas con enfermedades mentales, psico-sexuales y psico-emocionales. Somos aspirantes a la vida comunitaria y misionera. Mas somos humanos y, cuando ya fue imposible hacer un buen discernimiento durante el proceso de recepción, para recomendar a quien corresponda un centro de atención psicológica integral, antes de intentar ser fraile, monja, sacerdote o misionero (seglar o consagrado), se precisa erradicar el autoengaño y ayudarnos a sanar, por el bien de todos.

Tuve una amiga que, al separarse de su marido alcohólico, enseñó a sus hijos pequeños que el papá estaba enfermo y que había que visitarlo de vez en cuando. Los niños siempre supieron que el papá estaba enfermo y no por eso lo despreciaron; al contrario, le tuvieron afecto, y cuidaron de él, sin poner en riesgo sus vidas, más allá del duelo inevitable que se vive cuando se ama a un enfermo de alcoholismo. Más daño hubiera causado que los niños crecieran a su lado sin entender por qué eran víctimas de la enfermedad del padre adicto y violento. Así,



entre nosotros, cuando uno que vive en nuestra casa está enfermo, conviene que lo sepa la comunidad entera para acompañarlo de manera prudente.

**3.3.** La que sigue es la amistad benevolente y afable que alegra a todos aquellos que comparten los mismos gustos e intereses. Hay un párrafo completo sobre esta amistad en las *Confesiones*:

Otras cosas había que cautivaban más fuertemente mi alma con ellos, como era el conversar, reír, servirnos mutuamente con agrado, leer, juntos, libros bien escritos, bromear unos con otros y divertirnos en compañía; discutir a veces, pero sin animosidad, como cuando uno disiente de sí mismo y con tales disensiones, muy raras, condimenta las muchas conformidades; enseñarnos mutuamente alguna cosa, suspirar por los ausentes con nostalgia, recibir con alegría a los que llegaban (*conf.* 4,8,13).

Esta amistad es muy agradable y revitalizante. Vale la pena fomentarla y animarnos a vivirla entre nosotros.

**3.4.** Pero a esta amistad le falta la permanencia en Dios, siendo precisamente esta la cuarta modalidad (la amistad en Dios). San Agustín se dio cuenta de que todos los momentos de alegría se acaban. Entonces surgen preguntas: ¿cómo hacer para no separarnos nunca, ni al final de una fiesta, ni al término de un proyecto, ni cuando uno de nosotros se aleja o muere? La respuesta está en Dios: amándonos en Dios, queriéndonos para él, viviendo nuestra amistad como don suyo y para su gloria. Esta es la mejor forma de amistad y, por eso, la más necesaria. Si nos amamos en Dios y para Dios no hay separación alguna, nuestra amistad es eterna. Esto significa sin tiempo: nadie tarda en llegar y nadie deja de amar; nos amamos aquí en la tierra, como en el cielo, independientemente del país donde estemos.

Cuando así se vive, nos parece extraño que se hable de *soltar*, *dejar ir*, *no apegarse*... Y nos parece extraño, porque esas recomendaciones no caben ni hacen falta. Lo cierto es que estamos unidos en el corazón de Jesús donde nadie muere, donde todos vivimos, donde somos un solo corazón y una sola alma dirigidos hacia Dios, donde somos libres y nos amamos unos a otros sin límites ni ataduras, delante de Dios. No hay distancia ni tiempo que nos separe, como tampoco hay diferencias entre nosotros o particularidades nuestras que nos dividan: la amistad en Dios no se alimenta con halagos, ya que todas las virtudes son consideradas como un don de Dios, para bien de la comunidad. Muchas personas son una sola y nadie tiene mérito alguno.

Nuestra alegría es alabar a Dios y darle gracias por la forma en la que nos manifiesta su amor, sabiduría, belleza y bondad, a través de cualquiera de nosotros, y de múltiples formas, según la personalidad y talentos de cada uno. Uno de los nuestros en quien vivimos, con quien compartimos la misma verdad y a quien pertenecemos, junto con todos los otros que somos uno. El amor y la amistad en Dios son un regalo de Dios que se vive en gratuidad.

**3.5** Otro tipo de amistad que san Agustín menciona someramente es la amistad de admiración y reconocimiento social hacia quien no conocemos personalmente, pero sí a través de sus obras. Esta amistad es aquella que focaliza parte de nuestra atención en una luminaria que reconocemos como modelo e inspiración al caminar. Lo bello de esta amistad es la humildad con la que somos capaces de reconocer la obra de Dios en ciertas personas. Es la amistad que podemos sentir por algunos autores que proclaman justicia y verdad; por algunos personajes públicos que hacen una gran obra humanitaria, que promueven la paz, que siembran bondad en todos los lugares a los que van... De ellos nos llegan noticias a través de los medios de comunicación.

Como se ve, los tres amores y los cinco tipos de amistad que san Agustín nos presenta, integran perfectamente el ágape universal, el eros que nos motiva al encuentro creativo y el amor filial que nos acompaña y consuela. Tal vez solo nos falta agregar un amor que C.S. Lewis tuvo a bien aportar a este recuento. Se trata del afecto. Es el amor más sencillo, humilde y no discriminatorio, que sostiene los grandes amores, familias e instituciones; es el amor que nutre lo cotidiano y que mantiene vivos los rituales de cada día, desde el amanecer hasta que anochece. Es el afecto que sentimos al escuchar los pasos del hermano, la voz cantante de la cocinera, el olor de la cafetera, la historia de nuestra Orden, la canción que nos une, el amor por el sol de las mañanas, el sonido de las duchas cuando amanece, la pijama favorita, los horarios de nuestras casas... El señor con quien nos topamos cada día fuera del templo, el que nos vende los periódicos, la amiga que nos llama una sola vez al año y siempre con el mismo ritual de fiesta por nuestro cumpleaños... El afecto es como la música de fondo en nuestra vida. Nadie habla del afecto, no es necesario ponerlo en evidencia; basta con que exista. Es el cariño por cosas, gestos, signos y personas simples, que tocan la parte más sencilla de nuestra vida y nos mantienen unidos y en marcha.

#### **4. Necesitamos un corazón cautivo en la primera persona del plural**

Si amamos a Dios desinteresadamente, seremos felices desde ya, *aquí y ahora*, como gusta mucho decir en tiempos actuales. “Pero muchas personas no recibieron ese don –dirán algunos–; ningún humano los ha amado de manera desinteresada, o al menos así lo percibieron, y no podrán amar desinteresadamente”.

Es cierto. Hay muchos entre nosotros que no han sido amados incondicionalmente. Los padres, por eso, para no faltar a la verdad, reconocemos nuestras limitaciones y enseñamos a los hijos a orar, a *buscar a Dios para encontrarlo* y a *encontrarlo para seguirlo buscándolo*, como hizo san Agustín (cf. *trin.* 15,2,2). Sabemos que los hijos somos muchas veces ingratos y que, como padres, sin querer, por ignorancia, pereza o descuido, también cometemos injusticias. Esto mismo nos pasa entre hermanos. Sea como haya sido, no podemos

fiarnos de nuestras fuerzas, ni enraizar nuestro camino hacia el amor en experiencias anteriores. Todos necesitamos saborear el amor sin condiciones y Dios completa la obra que inicia cada día en nosotros. Él es quien nos enseña a amar desinteresadamente.

A propósito del tema, en *El don de la perseverancia* (13,33), san Agustín advierte que,

por la providentísima voluntad de Dios, los que no han de perseverar están mezclados con los que perseverarán, para que aprendamos a no presumir, sino a acomodarnos a lo que sea más humilde y, con temor y temblor, trabajar en nuestra salvación, pues es Dios el que hace en nosotros el querer y el obrar según su buena voluntad.

Como se ve, atentos a la condición humana, comienza nuestra apertura a la gracia de Dios. Así que, como solo no es tentado quien no vive y nosotros hemos vivido todas o casi todas las experiencias de lo humano, no falta que pidamos perdón y perdonemos. Amar nos obliga a estar atentos, sin juzgar, y perdonar y pedir perdón. Somos frágiles y constantemente notamos lo mudable de nuestro estado de ánimo, emociones y afectos.

Por consiguiente –dice en el mismo texto–, nosotros queremos (amar), pero es Dios el que obra en nosotros el querer; nosotros obramos, pero es Dios quien hace que obremos según su buena voluntad. Creer y confesar esto nos es necesario; esto es lo piadoso, esto es lo verdadero, para que nuestra confesión sea humilde y sumisa, y se reconozca que todo viene de Dios.

Algunos piensan que pueden todo lo que quieren, hasta que un buen día se topan con sus límites y debilidad. Solo entonces saborean la humildad y, de ahí, la libertad, el sosiego, la alegría y la paz, aunque no dejen de llorar por sus pecados y los pecados de la humanidad. Al contrario, mientras más humildes seamos, seremos más conscientes para entender la vida y más libres para llorar y, junto con el llanto, orar. Lo importante, en este proceso, es llegar al punto de reconocer que dependemos de la gracia de Dios, tanto para ser compañeros como maestros o entrenadores –formas de llamar a los distintos modos en los que nos acompañamos–

El compañero vive contigo de forma equitativa en el mismo corazón. El maestro te explica y te da ejemplo de cómo vivir mejor. El entrenador te fuerza a madurar, aunque lo haga, sin saber, a punta de malos tratos, hasta que cae en la cuenta de lo mal que lo ha hecho, se arrepiente y pide perdón. Un entrenador típico es el caso de la nana de santa Mónica, cuando a la niña le gritó “borrachina” en la cava de sus padres. No podemos ir por la vida ofendiendo, aunque Dios componga lo que mal decimos y hacemos.

Solo Dios puede librarnos de ser malos entrenadores y regalarnos el don de ser maestros o compañeros. De todas formas, siempre estará la gracia para hacernos ver cuándo y con quién hemos sido malos, para pedir perdón y reparar el daño, si

se puede. Lo que no debemos permitirnos es ser entrenadores, con dolo, porque a eso se le llama sadismo, y el sadismo es grave. Habría que ver si un buen psiquiatra nos cura de ello, en caso de padecerlo.

Tomando en cuenta estas cosas que nos pasan, es justo que comencemos a hablar en primera persona del plural. Del *yo* y el *tú* solitarios e independientes, que se enjuician mutuamente y compiten uno con otro, que son auto-referenciales y autosuficientes, hemos de pasar al *nosotros* que se confiesa corresponsable y humilde.

El gran amor que se vive en la primera persona del plural se expande a más personas. ¿Cómo sucede? Dice san Agustín, en el mismo texto anteriormente citado, que

pensando creemos, pensando hablamos, pensando hacemos todo lo que hacemos. Pero, en lo referente a las obras de piedad y al culto verdadero de Dios, no somos capaces por nosotros mismos, ni de un buen pensamiento, como tampoco de ser nosotros mismos, sino que nuestra capacidad viene de Dios.

Como se ve, amar y ser buenos es un milagro. Es un milagro seguir amando, pese a todos los conflictos personales, familiares, comunitarios, políticos y sociales. No cabe duda de que Dios nos ama, somos hechura suya y vive con nosotros, vayamos a donde vayamos.

A propósito de los que perseveran y los que no perseveran, que viven mezclados, como dijo san Agustín al principio, nótese que unos se esfuerzan en demasía: toman el camino de la virtud estoica y caen, con frecuencia, en gestos justicieros. Otros se apresuran a la contemplación del amor y el amor los embellece. Otros caen de golpe en los brazos de la humildad y, desde ese estadio, crecen. Otros, como flores silvestres y potros salvajes, son conducidos –en nombre de Cristo– con sumo cuidado y esmero. Para todos, lo más importante es la fe, como don gratuito del Señor. Pidámosla siempre. Creer, conocer, amar y vivir, como Dios manda, con la humildad de Cristo, que se hizo humano.

### **5. Que todo cambie, menos el amor**

Para vivir la nueva realidad de nuestras provincias, mientras organizamos nuestras comunidades, reordenamos tiempos, espacios y labores, podemos rescatar lo mejor de lo pasado y disponernos al futuro desde el momento de ser *hoy, ya, ahora, de una vez*, los agustinos recoletos que Dios ha querido hacer en nosotros: muy humanos y muy santos, apasionados, inquietos, trabajadores, fraternos, afables, compartidos, desprendidos, justos, amantes de la Verdad, plenamente identificados con Cristo y muy estudiosos (ciencia y caridad, jamás lo olvidemos: conocer para amar y amar para conocer). *Y si no sabes leer, contempla el amor de Dios en la creación* (cf. s. 68,6), dijo san Agustín sobre la necesidad de situar el corazón en el firmamento de las Escrituras que da solidez a nuestra vida.

Así, con buena disposición del corazón y una actitud atenta, veremos que – aunque la voluntad humana sea múltiple y mudable, tanto que a veces queremos una cosa y a veces otra, a veces nos comportamos adecuadamente y a veces tenemos resbalones, a veces somos compasivos y a veces tenemos regresiones a lo más primario de nosotros mismos–, Dios tiene una única voluntad, y de todo lo visto por Él, sobre nosotros y para nosotros, su voluntad no cambia:

Estaba desde siempre presente en la sabiduría misma como una sempiterna obra de arte de Dios, aunque esta sabiduría se manifestase según las circunstancias; sabiduría que *se extiende poderosamente desde un extremo al otro, todo lo dispone con suavidad, y permaneciendo en lo que es, todo lo renueva* (qu. vet. t. 2).

Así, con la esperanza de que *todo lo dispone con suavidad, y permaneciendo en lo que es, todo lo renueva*; confiando en la misericordia de Dios, en su providencia y sabiduría, sin dejar de poner lo mejor de nuestra parte, confiemos en que, por encima de todos los cambios, movimientos y mudanzas,

la voluntad del Verbo sempiterno es siempre inalterable, porque lo posee todo a un tiempo; en cambio, nuestra voluntad es inestable, porque no lo posee todo a un tiempo (qu. vet. t. 1).

Esta frase de san Agustín sirve para casi todo. Por un lado, para justificar y superar con humildad nuestros errores, resistencias, incompetencias y desatinos; y, por el otro, para saber que, dados los cambios que acontecen en nuestro corazón, desde los más simples hasta los más insospechados, hemos todos de tener cuidado para no confiar en nosotros mismos, sino en Dios; no creer en nuestros deseos superficiales, vanidosos y volubles, sino en el deseo de Dios. Vayamos seguros, a su ritmo. Así todo puede cambiar en nuestras estructuras, sin que nuestro corazón se salga de su sitio y, en cambio, se mantenga centrado en el amor. Ahora podemos vivir en distintos países y nuevas casas, en circunstancias diversas, pero unidos entre nosotros y siempre con él. Como leemos en el *Libro de la sabiduría* (7, 22-30):

La Sabiduría es más ágil que cualquier movimiento;  
a causa de su pureza, lo atraviesa y penetra todo.  
Ella es exhalación del poder de Dios,  
una emanación pura de la gloria del Todopoderoso:  
por eso, nada manchado puede alcanzarla.  
Ella es el resplandor de la luz eterna,  
un espejo sin mancha de la actividad de Dios  
y una imagen de su bondad.  
Aunque es una sola, lo puede todo;  
permaneciendo en sí misma, renueva el universo;  
de generación en generación, entra en las almas santas,  
para hacer amigos de Dios y profetas.  
Porque Dios ama únicamente  
a los que conviven con la Sabiduría.  
Ella, en efecto, es más radiante que el sol  
y supera a todas las constelaciones;  
es más luminosa que la misma luz,

ya que la luz cede su lugar a la noche,  
pero contra la Sabiduría no prevalece el mal.

Nunca se sabe cuándo brota la semilla. Dios lo hace y, de pronto, la fecundidad del amor sembrado nos sorprende abriendo, en la tierra, nuevos cielos para Dios.

‘¡Oh, Dios! Santo, santo, santo, Señor Dios Omnipotente, en la Sabiduría, nacida de tu sustancia, hiciste algo, y de la nada hiciste el cielo y la tierra...’. Haz, Señor, de nuestras casas y obras misioneras, nuevos cielos para ti. ‘Los cielos de los cielos’ que te alaban, porque también este es ‘cielo del cielo para el Señor’ (*conf.* 12,15,20).

## CONCLUSIÓN

Amistad es hogar, es fuego que se prende para cobijar a otros, fuego que ilumina cavernas para que brille la Verdad y nazcan cielos nuevos para Dios. Eso es crear comunión. Dios lo hace si tenemos fe y le concedemos todo nuestro corazón. Cada Provincia es nueva, está más nutrida de frailes, experiencias e historias diversas. En nuestros países, algunas iglesias están más vacías o menos llenas, hay variedad de opiniones sobre las formas y el sentido de nuestra vida cristiana, pero sea una vez más Jesús en nosotros, quien

haga nacer la misma Verdad, la concordia, y se compadezca nuestro Dios de nosotros, para que usemos legítimamente de la ley según el precepto de la misma, cuyo fin es la caridad pura (*conf.* 12,30,41).

Con profundo sentido del amor, deseo feliz, inicio y despliegue de la nueva etapa en nuestra vida agustina recoleta. Somos sembradores de fe, esperanza y caridad; creadores de la comunión divina que solo nace en el abrazo de la misma Verdad. Pidamos a Dios trino que nos ayude a conocerla, amarla, vivirla y transmitirla, y que, en nuestra situación de sembradores, reconozcamos con sencillez que nos necesitamos unos a otros. El cristiano no puede nada sin otros cristianos, ni todos juntos podemos algo sin Jesús, quien es para nosotros la Verdad que nos une.

Unámonos a nuestros oyentes con amor fraterno, paterno o materno, y fundidos a sus corazones, esas cosas nos parecerán nuevas también a nosotros. En efecto, tanto puede el sentimiento de un espíritu solidario, que cuando aquellos se dejan impresionar por nosotros que hablamos, y nosotros por los que están aprendiendo, habitamos los unos con los otros, (...) deseamos llevarlos hasta la contemplación artística del autor, y que desde allí se eleven hasta la admiración y alabanza de Dios, creador de todas las cosas, donde reside el fin del amor más fecundo (*cat. rud.* 12,17).

TERE GARCÍA RUIZ, PERIODISTA  
*México DF (México)*



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS  
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA